

TEXTOS DEL DESORDEN/31

LA TERRIBILITÀ

LA LUZ NADA TESTIMONIA

DESDE LA MATERIA DE ROMÁN HERNÁNDEZ

Alejandro Tarantino Aréchega





ÍNDICE

- 9 Introducción
- 11 *Testamento ológrafo de las sombras*
- 19 La luz nada testimonia
- 53 Señales en la naturaleza

Introducir palabras como brotes de sementera en abonados campos, de cuya materia, objetos extraños, habrán de surgir como narraciones simbólicas, que lloverán sobre las formas soñadas por todos los accidentes y sus causas, es un ejercicio que condensa toda la ira contra los dioses, toda la pasión por el hombre, es la escalera del lenguaje deshaciéndose en el fruto. Al fin, cuando la materia regrese a lo increado, quizá, los signos perduren como una memoria innecesaria, ante el riesgo de volver a creer que lo esencial no es del orden ontológico.

El Testamento ológrafo de las sombras fue escrito para penetrar la virtud de las manos, ya que toda obra es semilla y fecunda nuestro asombro.

Fue escrito para el catálogo de la exposición sobre el Cuerpo, en Pontevedra, mayo de dos mil catorce, del colectivo Tresensuma.

Sirva de introducción a esta poética del exilio de las almas, de la ratio epistémica, de las esencias y sustancias, de la verdad si ha de ser memoria de otro mundo. Sirva para hablar, antes, de los abrazos, de las cabezas y los torsos que se abren geométricamente a su erotismo.



Román Hernández, *Mayéutica*, 1994, gres, papel, hierro y tela, 28 x 80 x 37 cm.
Col. del escultor. Fot. Mauricio Pérez Jiménez.

Testamento ológrafo de las sombras

Su escultura esta vestida de palabras, visualizadas en los cuerpos, indivisas, una piel, o quizá sean los rastros del festín de la materia, devoradora de signos matemáticos y fulgentes. Pero a nada que el pensamiento se detiene, y sobre el orden construido de los objetos respira, vemos que el tiempo está pariendo preguntas, causa de una transformación lenta y vigorizante de la naturaleza por la eficiente forma del amor. Es la obstétrica estación del asombro, cuando nacen los híbridos de la idea y la sustancia. Solo de un cuerpo así puede surgir la risa necesaria a la existencia, la prometeica verticalidad de las cabezas, que ironiza sobre los límites mecánicos de lo humano, y cuya anatomopatología del delirio humano biopsia el narcisismo y la violencia de una sociedad enferma, nos da la morfología quirúrgica, los signos incisivos contra lo purulento. La enfermedad no es el olvido del ser, sino la incapacidad de pensarlo. El síntoma es la degradación, incluso la naturaleza humana, su inconsciente, de la vida de las ideas. Si ellas caen el orden de las bestias retornará. Y los fragmentos de nuestra humanidad dispersos no serían de nuevo reconstruidos en el cuerpo doctrinal de la vida. No es el sueño de la razón, su lógica nos expulsaría al Positivismo, nos convertiría en artefactos o en cadáveres del laboratorio lombrosiano, ese lugar del horror identitario simétrico, totalitario, que no puede integrarse en el espacio ideológico que contiene los volúmenes de lo posible y su diálogo con lo desvelado. Es el material para los sueños, su acúmulo en el desorden de lo vivido, lo que hará danzar a la razón en el coexistir con el animal. Como aristotélicos intuimos formas en las cosas, son lecciones de tinieblas que conservamos como

ratios seminales de otras cosas aún inciertas. Sostiene nuestra cabeza el péndulo de Foucault, no oscila y nosotros sí, es el norte absoluto que nos permitió entender que rotamos y que nada será para siempre; y nos decimos *memento mori* para no olvidar la mortalidad de lo creado, su velocidad cósmica, la materialidad efímera de las palabras, ellas que son la estructura de las formas no sobreviven sin el barro, no lo hacen con la superstición, pero qué lo hace... De no ser así la vacuidad popularía el mundo, y el adagio bíblico del Eclesiastés: *Vanitas vanitatum omnia vanitas*, desterraría para siempre el hedonismo y condenaría nuestra fragilidad al romántico pesar de los biliosos que lloran sobre las calaveras su no divinidad, su falta de comprensión psicológica del eterno retorno nietzscheano, el engaño de los ojos a pesar de Piero della Francesca, el cuerpo humano después de Roma.



Román Hernández, *Cabeza I* (pertenciente a la instalación de *laberinto de pasiones*), tamaño natural, terracotas policromadas. Fot. Mauricio Pérez Jiménez.

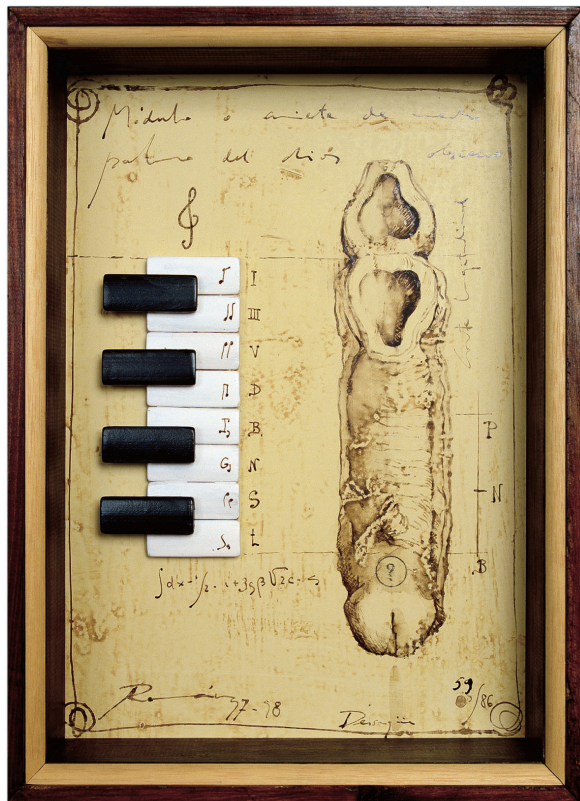


Román Hernández, *Testamento ológrafo abierto* (libro de artista), 2013, técnica mixta (DM y resina acrílica), 46,5 x 30 x 6 cm. Original, pieza única. Col. del artista. Fot. Román Hernández.

Los testamentos ológrafos de un tiempo póstumo que cercena las vías de la existencia del bien y los amantes, imaginado y temido por Román Hernández, es una conciencia exacerbada por transformar la historia, la materia de los sueños, y esperar que el fluir de los acontecimientos nos arroje a una eticidad trazada por el compás y la proporción emocional: una geometría geológica de los entes no escindidos entre la palabra y las pasiones, mensurable y tridimensional de la sabiduría, una estatuaria de los goznes que hacen girar las épocas. Una escultura es una masa gravitacional que ordena el espacio de los cuerpos lingüísticos; si es un símbolo hecho cuerpo ordena los silencios del desconcierto, atenúa la liquidez de la superficie y se convierte en batiscafo que descenderá por la espiral áurea de Durero al equilibrio, que no es sino descubrir el valor del conocimiento inútil, el subversivo saber diferenciar lo valioso sin expender recetas o remedios contra la existencia desde los referentes fosilizados. Otra cosa sería no sentir en las manos de lo que estamos hechos. Elijamos los armónicos, qué no sé en lo que sé, la búsqueda y los rastros, la atmósfera de la materia plástica, no la lenta agonía de una verdad debida a la lejanía, sí la relación con los problemas, con las posibilidades de las que emergerá una idea, un cuerpo, una obra que será abandonada por otra hasta completar la biografía, la arquitectura de una vida cuyo proyecto otros usarán, copiarán sin miedo lo donado, legados por la especie no esquilmarán el futuro. Todos los testamentos de todas las pequeñas muertes serán la biografía de otros cuerpos surgidos de nuestros fragmentos. Moriremos cuando no nos quede nada que dar, nada que entregar a los cuerpos que nos miran con hambre, porque nuestro cuerpo habrá agotado su sombra, será epígono de la quietud de otra sombra: sin sombras no hay movimiento de un cuerpo humano representado, porque ellas son el volumen y la masa de las palabras.



Román Hernández, *Soporte de lo visible*, Serie Commensuratio, 1996-98, técnica mixta. Fot. Mauricio Pérez Jiménez.



Román Hernández, *Módulo a ariete de medio palmo del dios obscuro*, Serie Commensuratio, 1996-98, técnica mixta. Fot. Mauricio Pérez Jiménez.

La luz nada testimonia

El deseo es mortal. Lo sabes al modo en que sabes que no sé, como golpeando hierro cuando el hierro aún es piedra mortal, y yo de ti soy un olvido, polvo de cripta y pomo, origen de fósil cuando fósiles no había, cuando piedras no había, ni memoria o quietud de la luz, si luz había. Lo sabes sin mi: el deseo muere, estremece la brevedad de lo inacabado y el fúlgido cerco de los expulsados; si atravesado, un terror en la memoria humilla la magia de los nombres, su vuelo, si vuelo había. Pero no sabes ser en el mundo, si ser había antes de todos los noes del saber, si no ser hubo contigo. El deseo es no ser saber y nombre, si deseo había antes de ti o de tu nombre o del peso esculpido de tu mirada; porque toda forma es su ausencia, si presencia hubo. Cuando la luz es solo un aire profundo, lejano espejismo de una época, aura, si aura había, consigo.

Contigo

En los umbrales y en sus cúbicas pasiones, desposeemos de los atrios las puertas, de los goznes la mañana, de los hipogeos las tumbas y de ellas lápidas sordas, de la flor su eco y no su piedra, del bronce su estruendo, de una distancia partir, de los territorios y las transiciones otro mundo, de la ira la mirada, de los laberintos la salvación, del uno el todo, de la hegemonía toda culpa, toda deuda, de la historia lo ideal, del mal y del amor su banalidad. Pero de ti yo, al menos las cartografías y los itinerarios de tu descubrimiento, de éste entonces su realidad, nunca su olor, jamás su sabor, ni de su ruido el tacto de tu carne, nunca de tu volumen sus vacíos en mis manos, la exagerada curva de la humedad donde queda pendiente la existencia perfectible, no sin ti, de lo creado. Y de ti desposeerme a mi del acto impuro de la luz.

Itinerario

Pensar es acto puro, sombra esférica y decimal del crepúsculo, acto desesperado sin la sangre batiendo el pecho como un galope de luciérnagas diurnas acercando la noche, su espacio que la luz anhela, cifra definitiva de los principios y los ásperos finales; luego, la caída al cero inerme del centro, al diámetro contenido de lo posible. El pensador sin rostro asume el amor, horadado por los márgenes, hasta fundar la voluntad y el caudal de la locura compartida, electo ante los sueños bajo la bóveda y las formas puras. Exiliado el animal en un jardín de dormideras, a veces, de repente, un impulso, no un asalto a los cielos, abre adioses en el barro y confuso mira los sillares ordenados de la celda. El accidente puro es un escándalo que la mente escucha, lejos cree, pasajero se dice, en la piel, no sabe; luego ya la hojarasca cubre el juicio sólido de las huellas, y el frío entra en los rumores de la razón, que imparable lleva el olvido.

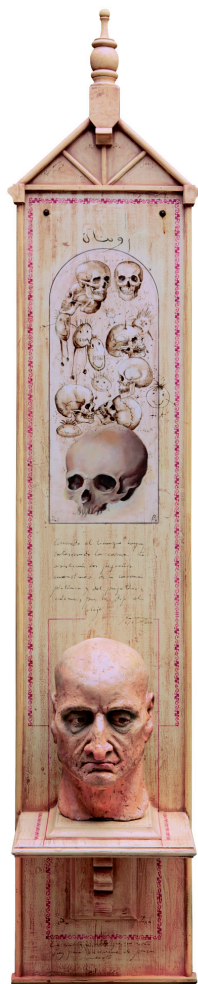
Pensar



Román Hernández, *Cabezas-cofre*, 1994, terracotas policromadas, tamaño natural.
Fot. Román Hernández.

Se tienden los teoremas, lo hacen, y niegan lo vertical, de pronto es un enigma, nada es nada si lo vertical nunca fue. Los árboles horizontales buscan la luz paralela al mundo, desaparecen los cobijos y las cosechas geográficas de la claridad, las cavernas donde descansa de sí misma, las llanuras del tiempo entran en los cielos, todo lo vivo reptá, el viento no cesa, es el reino de los espejismos y de mares sin rompiertes. La identidad lo uno el ser y la esencia, su ralea, unen las épocas del polvo y la erosión, y ya nada sucede ni las cosas existen, es tan quieto el lugar, tan universal e inhumano, lugar de gargantas enmudecidas ante las riberas caminantes de los cenagales oceánicos, porque no sobreviven si no es en pie los signos y los puños, su prole de palabras erigidas en vientres verticales, porque la altura es la respiración y la vida, raíz de la autoridad de la visión, albedrío concebido de las inferencias por lo que abajo se eleva como una luz oscura. Hay lilas en la lejanía.

Teorema



Román Hernández, *Los pequeños monstruos de la caverna*, 2011, técnica mixta (madera y terracota policromada) 176 x 33 x 25 cm. Fot. Mauricio Pérez Jiménez.

No quedará de ti, zaguán del aire, sino el olor de los rumores del hambre, trigales abrasados en la luz, campos de cigarras en la canícula encendida de las amapolas rojas, donde lábiles filas de blancas estatuas esperan los pasos de los que cruzan los portales de lo indemne, vulneran su espacio, lo vacían, y en ellos mutan el cereal y el canto de estío y la flor de un día, en venas del ileso aire e hijos de los elementos. Como bandadas de granívoros, las esculturas comen en los campos la dura semilla de la vida, se sacian del estambre mineral del suelo, así perduran en el nivel trófico de lo creado, en el pórtico de la gloria que nunca alcanzarán, mientras la vida muere a uno y otro lado del tiempo, orgánica.

Zaguán

La arcilla es arcilla, el signo es signo, lo obvio siempre es obvio. La luz es luz; pero la oscuridad... A veces, lo que es, es, sin más lo que es y no otra cosa. La noche es. Pero si viene el tiempo, si acerca de ti, lo que es, ahora es un era, si en la superficie de tu busto el trazado invisible de las proporciones señala tu cara, si el aura se desvanece como una cifra irracional ante las arrugas: querrás saber de las imágenes, de las desiertas cavidades de la anatomía, de los porqués edificantes, de la lógica contra el vacío, de la distancia que es y no se extiende, que es y no te dice, como una claridad sin cosas que tú consumirás de fragmentos para un transcurso futuro; un será que es una cosa clara en su no ser, porque tú la hiciste para la lejanía de ti en greda y letra, tan obvia en su sombra sin distancia. Y te encuentras, de pronto, en medio del desierto del Namib, duna al fin de la sequedad del tiempo.

Distancia



Román Hernández, *Cabeza II* (perteneciente a la instalación de *laberinto de pasiones*), tamaño natural, terracotas policromadas. Fot. Mauricio Pérez Jiménez.

Se aprieta entre el roquedo, como un cauce que ha de saber su valle hecho de mares, mientras es arcano e híbrido de soledades reales; líquido extraño que desciende en el goce luminoso del engaño, desciende entre el roquedo, sueña con los capitanes entre la alta hierba meridional, delira el sur de las brújulas y las batallas en el estuario de la luz, delira el para qué del mañana, y su tormento de monumentos clavados en el fango, pecios de un río cuyas bocas no besarán todas las lunas de su pelo, afluentes mínimos descienden cincelandos a los ahogados. Hay un nadador de arroyos irrigando viejos musgos, asciende, sabe que el río se acaba. Un día contemplará el fango seco, la estatuaria del ahogado al sol, verá la piedra morir sin cauce.

Roquedo

Pájaro de saetas, viene la noche sin ti, a enfermar la extrañeza en mí, a herir el vuelo del arquero, con la quietud aporética de los cielos helenos; sí, es quieta ausencia, la línea de giro que entra en el centro de los ángulos y ase el único dolor inamovible, en la médula de las órbitas y las parábolas eleáticas. Pero si has de venir, yo iré, luchando con las horas pasadas, a tu encuentro en la lluvia de la tarde, moveré el porvenir, lo que no es sobre la tierra, para entrar en la alacridad de la biografía, sorteando los vacíos de todo lo que pesa y es en este mundo, la quietud unánime de lo sido, el vértigo de lo desconocido, mientras la flecha, aún en la herida, detenga la sangre en las estatuas y no asalten el lugar de la vida. Es tan temible la hiel de la piedra en su cabeza...

Saetas

La luz es tiempo, caímos en él, en ese hijo de la muerte, volverá a su seno, porque se es una vez, nunca más se es. Una oportunidad: el oasis fantasmal donde no se puede saciar la conciencia desdichada; luego cenizas nosotros, el mundo las arenas del tiempo que nadie contará en su daño. Cuando la luz no sea, aunque poco importe una tierra sin nosotros, lo inerte reinará sobre todas las formas; el tiempo de las madreporas será el latente quizá de la resurrección, y quizá, aún, quede un testimonio incomprensible del ruido al caer las ramas secas, o las hojas cuando otoño ya no sea jamás; el suspiro del céfiro no encontrará hombres en pié ni llevará lejos palabras de aliento; el testigo será la mirada del bronce, hecho atalaya del oxido durante siglos llenos de sentido y escondidos papeles del esfuerzo humano, ya desierto aquella locura. Si quedas solo, si has de ser el último, pasea entre los restos del arte, nada hará tan dulce el fin, ni tan rápido. No grites, porque los ecos te perseguirán uniéndose como una serpiente. Mejor morir en los rumores de la extrema oscuridad, sin huego en el fulgor, sin edad.

Testigo



Román Hernández, *Instrumentos para un estudio*, 2004, hierro y bronce (fundición a la cera perdida), 27,5 x 23,5 x 123 cm. Fot. Román Hernández.

Sólidas o no, esculpidas y acotadas como vanos irreales sosteniendo la decadencia y altas ventanas, que solo pueden existir contigo si llegaste a ser estrépito entre los pilares de otro mundo, teorema de una luz ya perdida; hieráticas porque el vacío ya no da movimiento y pesan más de lo que pesaba el silencio de ellos: la tercera persona plural que no existió sino en el Aleph y las bibliotecas, esculpidos como soledades los icónicos hijos de la terribilità, tallando la enorme ira del Proslogion cuando dios haya muerto en el último de los hombres; frágiles o no, perduran, en lo que no puede ser sin nosotros. Naves de hielo que cambiarán los templos por las mareas, atracarán el resto dulce de la sed en los faros marmóreos de los torsos.

Ellos

Codicio los días comunes del tiempo, aquellos que inician y cesan, y no afectan al trazado de la vida, la mayoría no arraigan en la presencia; a veces, de repente, un viernes irrumpe rompiendo el equilibrio de las doce horas, viene frío y de anochecida, llegará al albor lleno de tesón y escarcha sobre las flores cerradas. Pero es un comienzo, una ruptura ilógica en la bruma, la aspiración a una única jornada de cristales rotos, donde ayuna el alacrán de la mirada sobre los ídolos de la luz. Quiero la paz de los anfibios, la huella devorada por la branquia, mientras en el cieno se sumergen las cariátides que sostienen las aguas de los hitos ahogados.

Viernes



Román Hernández, *Y el sueño de la razón produjo pequeños monstruos (A Paula)*, Serie *Capita-mensulae*, 1999-2000, técnica mixta, 161 x 32,5 x 27 cm. Col. Paula Hernández Martín. Fot. Mauricio Pérez Jiménez.

Ya lo perfecto como un líquido, seco lo que fue sellado, abre la boca de la luz; ella desciende al ácido nutriente, cambia, tal lo hicieron epiciclos y deferentes y todo lo que fue el volumen del círculo, ante el influjo de la melancolía por las calles de Florencia. Queda la mirada sin luz del amor, único animal del desorden de los astros, lema de todos los ajados frontispicios y bestiario concupiscente del apetito. Infausta aljaba de las estatuas, vacía contra el pico inmaterial de alondras y lechuzas que hieren el iris natural de los cielos y se proclaman en cura lucífuga, dentro, tan adentro de las cavernas y el arrojado, en el encéfalo de la piedra, que ya ni sombra había. Aves líquidas que filtran el canto en el seco interior de los griegos, como un banal vuelo de saetas en la noche absoluta, porque no hay sedientos en el claustro de la vida. Sella el amor lo imperfecto, al arquero vulnerable de Roma en los auspicios de la ciudad desierta.

Líquido

Han despojado al vacío de su materia limítrofe, ahora es el vacío sin ti; en estas condiciones no hay fin, imposible llegar a la inocencia. Después, solo allá de una vida sólida, es posible la pureza: mistura de alélés y colibríes, y rubíes somalíes y bengalíes, maravedíes guaraníes, extasíes y extravíes nazaríes con sefardíes, líes la hebra compleja y alíes suffíes y carmesíes, en un foso de cobijos amplíes la cualidad de los huríes y los zahoríes. En ella expía la duración los siglos que son el porvenir del hambre. Pero expiar no es venerar, la luz no es la carne religada del ángel en Berlín; él se despoja del vacío, el halo de la materia, traza la caída de la culpa el cincel, como una frontera de pescadores de lo impuro, el confín real de la franqueza. Somos por el lugar que el camino alcanza, línea de rayos y oleaje, la envergadura de un albatros de óleo y óseo vigor de las alas sobre las señales de las sirenas, estelas de dioses moribundos.

Despojamiento

Haces saber que subyace un limo compacto, de una crueldad nombrable, despiadado sol en el humus del aislamiento. Haces saber de alzadas de estiércol que abonan cenizas y polvo de lo indecible. Haces saber lo absurdo de saber, terca y antigua fuerza de expulsión. Solo un ejército de materiales vence la estrategia del caracol vernáculo del miedo. Sombras e infinitos junto a lindes y horizontes altos como abismos que olas moldearon como paredes para la casa de la mar océano. Pero si la luz recuerda, si vuelve a saber el aroma de los vientres y el ayer lactante, las estaciones anidarán en las cortezas de los árboles, lentas olvidarán a los insectos y, cuando todo sea blanco, el dolor del morir será de los viejos en la caliza de los hijos. Locos de saber amarán monumentos, donde dicen, quedaron las almas. Ojalá. Ya sombras que acompañan se van yendo a la fría soledad de los olvidos. A quien tanto amé no verá su ausencia; durante, borro las huellas, que no alcancen mi memoria.

Saber



Román Hernández, *Homenaje a Oskar Schlemmer*, 2006, técnica mixta 161 x 32,5 x 27 cm. Fot. Mauricio Pérez Jiménez.

Elegir las antiguas dudas. Yace el resplandor en los tensos muslos, en las manos firmes sobre los talones, las piernas separadas, inicio de un puente en la fértil orilla de los constructores. Su sexo abre la distancia, de él desciende un brillo cínico y despojado, claro espectáculo de los geógrafos, sien de un río mítico y gris que parte el orbe. Diótima, recogida en la alberca ribereña de los barbos, aguarda de las certezas su delta; tan impermeables y esféricas y brillantes como nada hay en las aguas, que mueran; y ella, ella es el cítrico sabor de lo que es tendido desde las orillas sobre la corriente boreal de los guijarros, la pulpa que el animal del norte muerde, el óvalo que cimenta el arco infinito del puente, una mujer desnuda en cuclillas, estribo del galope alado, funda el otro lado, más allá del caudal de la flor de naranjo que el pretil de la luz contempla, ella es la primera dovela de la clave, la duda del amor en la piedra inmortal.

Puente

Miran las estatuas, nadie más mira, no hay nadie, ni este poeta que imagina está. Miran desde lo alto la postrera luz en el tramonto, desde una soledad que nadie sentirá y hoy concebimos como, alucinados, se hace de lo incomprensible, corporeizando seres que no existen ahora y luego serán casi eternos, la compañía, el báculo de los que nombran la niebla que ya no será poderosa como un hijo, llenando el gris sin fin de la tormenta. Lluvia vigorosa como el llanto, caudal vertical de la pena que humecta la llama de la estrella, cúbica ligereza de lo que pesa en medidas de arrojó, lanzas que preceden al relámpago, aquí y ahora, de nuevo hoy, en esta eternidad efímera que ideamos sin nosotros, sin un luego o después o mañana. Cuando la vanidad cele su desmesura y pertenezcamos a la quietud; en los pies de piedra dejará de respirar la cárnea historia. Legamos la piedra a la ceguera, el devenir al presente, a nosotros los ojos de la clepsidra y la Gorgona.

Nadie

Un viaje al fin del día, toda la sed en la garganta. Comienza el viaje al fin de la noche, el último cigarro en la hora más fría. Sed y humo. El terror llega al final de las horas, inesperado, es una obsesión por los ciclos en las multitudes sombrías; porque el miedo duerme el movimiento de la nada hacia lo salvaje, lucha contra la trama deslumbrante del animal simbólico, da luz donde la luz quema la piel y el estupor del diablo, ese nombre de la perdición. Antes del fin la maldición del orden kafkiano, al final el caos, nación onírica de los demonios particulares, visionarios, mundanos, siempre en los estandartes negros, en las peanas del recuerdo de la mortalidad, donde seres de lo inerte hablan secretamente del oriente difamado, de panteones del laberinto donde la ebriedad misteriosa erigió las horas de las copas vacías, de la ceniza; hablan de una espera que en la escultura te dice en un orden de locos, de herrumbre y cerca; hablan pero desconocen la muerte, ese vientre que las engendró y les dio su ser para nunca. Tú si conoces la vanidad de la vida en el término de tus manos.

Horas



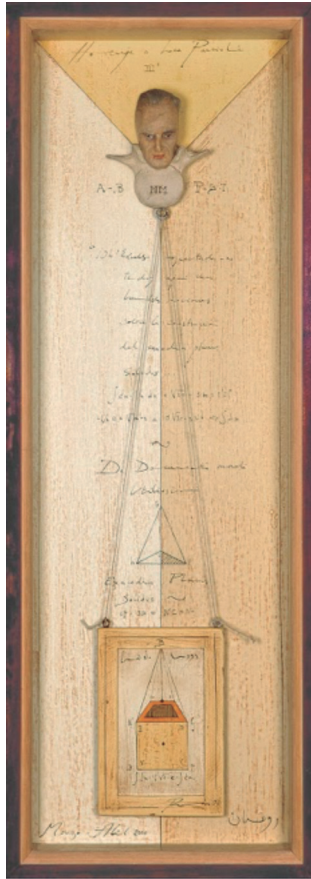
Román Hernández, *Nunc et in hora mortis nostrae* [ahora y en la hora de nuestra muerte] *Oyendo el Requiem de Mozart*, 2014, técnica mixta (madera, resina acrílica, óleo/tabla), 84,5 x 20 x 68 cm. Fot. José Luis Camejo.

Tiempo, bastardo infinito. Diáspora, tú en mi sumergida, lugar hermético al que acudo desesperado a asombrarme. Recorro sin él anatomías perseverantes, extensiones de la ceguera blanca y sin nombres, tiento, formas de la angustia que ansían la oscuridad no recibida por la gracia, entre las brozas de los huesos quebrados, en las zarzamas de los osarios, trepa al auxilio de la hebra lunar la espiral malacológica, la curva de los rumbos que resurgen en los cambios. De faro en faro el oleaje calcáreo hace tangible el centro, a la vez de este morir nazco y me alejo, persisto en el cambio y nada muta, al mismo tiempo es no tiempo, en el mismo tiempo del tiempo su infinito se aquieta, el tiempo muere, al no existir ajeno a la vida que es un éxodo de los cementerios y los sacramentos y la luz, de la larga espera de la realidad daimónica del animal cansado de las sombras. Será en los bosques de otoño que las águilas descendan a los nichos del futuro, de ellos brotarán excepciones e imaginarias ciencias de las huellas que quedan, pero dónde sin cielos...

Eadem mutata resurgo

En las salinas no hay pájaros de azufre. En las estatuas no hay luz de llaga y expiración. Escultura de cristal de sal. No reposa en ella el mar medio ni el pan de las ciudades de Ilión a Roma. Ellas son la paz antes de los libros sagrados y Jerusalén... Los desiertos del confín entraron con sus rutas y su nomadismo hasta secar el corazón del politeísmo... Dunas de piedra, llenas de ejércitos inmateriales; oraron sobre la errancia los testamentos de la revelación. Nada volvería a los campos de Etruria, a sus colinas de vino y evocación del yodo de las amuras, a lo que somos; nada salvo la guerra de dios a las puertas de la ciudad pagana. Los desiertos solo tienen el límite del mar donde las islas guardan la vida, protegida de la turba del aire seco, entre olivos simbólicos que aman el sol; son la frontera del clima y del trigo, el aceite de la escasez donde el agua ya no existe, en los desiertos monoteístas... Nada parece detener la construcción de la soledad de los fantasmata... El desierto líbico se muere, y crece en quienes atraviesan las arenas condenadas, les esperan las calles de la costa donde aprendimos a convivir. ¿Oían cantar al mar los torsos de piedra, oían los pasos de Eneas las terracotas suicidas?

Desierto



Román Hernández, *¡Oh excelso espectador aquí te doy unas humildes nociones sobre la construcción del exaedron planus solidus!*, 2000, técnica mixta. Fot. Mauricio Pérez Jiménez.

Exhorto, lacónico como la luz décima, a la admiración, a su primer movimiento, al elogio de yeguas de salvia, al desmán del desprecio en las nubes, contra los aurigas alados. Espera el intrínseco material de los jonios, el hierro que será la espada del relato, la cuenca nutricia de los sasánidas, el bronce del héroe bajo las acróteras, nunca el ser eléata. Espera la erosión de la piedra y el lento estar de la madera; el carbón que abriga los metales y no es por otro que arde en la causa del reptil aislado, nunca la verdad del espeleólogo rendido por el síndrome de la cifra. Espera la lluvia en la que habita el vapor y el hielo, la sed de la arcilla rebelada, la edad micénica del hierro, el paseo de la hetaira amamantando la ética. Qué extraño yo, materia inviolable y tangible, instiga a los ojos; que miren lo que me hizo columna de ciegos, en lo que haré la distancia: esa cruz del polvo de la conciencia, entre lo cambiante y lo que no puede ser de otra forma, entre la fragilidad y los fragmentos del prisionero del mundo, Ícaro en las calles de Nueva York, proemio del salto a lo maldito, al silencio suelto entre accidentes y avenidas.

Material

Nada es por lo que es, o por el dolor, fantasma antiguo, de los días de juego en la luz del lenguaje, en la verdad mágica de lo eterno e inmutable, los días sin muerte tan lejanos. Años de golondrinas y balcones, de hogueras de San Juan, de inicios perpetuos sobre bicicletas y rutilantes ojos de otros. Si tuvo nombre se desvaneció, yace su signo en la desolación del mal. ¿Cómo regresar si la forma es la ausencia del reconocimiento, si volver es no saber que lo hiciste, si el lugar lo guardan las estatuas de Villa Palagonia? Somos el patio que los monstruos vigilan, la especie ilógica que es por lo que es, hijos de la profecía y el horror, prometeicos, no nos perdonamos vivir más acá de la forma, y ella cae como una salvación en el delirio y la lepra, una certeza perniciososa que oímos extramuros, quietos como tributos de la piedra a la mollicie. La sangre de los ideales mana de los firmes puñales, golpean los bustos honestos que no miran al paraíso, vaciado esencial de la carencia donde arrojamos materia y vida.

Formal

Per se, mucho tiempo atrás, en el ilógico dietario de las pasiones, cuando se aprendía el extravío. Porque lo olvidado, de ser en la claridad, aboliría la nostalgia, el peso de lo no vivido, el modo de recordar lo propio sido, tan desatinado, errante luminaria de ciudad, candela de oscuridades atravesadas, bravía sazón de óleos carnales, hastío voluptuoso de la cordura. Derogarí­a el algoritmo de las eficientes cerraduras, de los flujos del labrador de agujas, incautos centinelas de las llaves que son condición del acto de abrir. Porque nada existe entre el fuego y la llama, un antes, un después, un puro devenir de lluvias y edades frágiles que elevan lo remoto al padecer de los ladridos, que son dudas antiguas, confesiones contra el pudor de un tú absurdo, espéculo que cruje como una puerta y lamenta: he aquí lo que somos, una pasión inútil, la acuidad de la rebelión entre mariposas fosilizadas, alucinación del génesis. Imagina la luz sin sombra la apertura por donde perece el único que es por sí una tumba ignota en Portbou.

Eficiente

Hace tanto que olvidamos a los milesios bajo las topografías de ciudades fantásticas... Eran valientes, deslumbrantes, de ellos el tiempo soñó el barroco, cabezas monumentales del eje de las humaredas; hay hogueras del tiempo de los pájaros, que se suceden como custodias del plenilunio final de los fulgurados por vacíos y llenos copulares. El fin es una aporía del sol, pira de las cosas que el tiempo agita, hollín de los infinitos trastornos de lo que prende para soportar la abundancia, lo final arde en la belleza, en el fruto del exceso mientras una luz de tierra invade Noto y un susurro amarillo en los matorrales espera la quietud calda del cénit. Hay un cementerio de lugares que no existen, cerrado, sin vosotros, sin resurrección. Solo una luz de aves de ceniza entre figuras de piedra colma de bullicio el afuera. Un escritor de alambradas capitula en sus muros, cierra las visiones y los versículos, deja vacía la besana del campo donde pródiga la pasión se sabe fin en sí misma, ramo de ángeles que palpitan en los silenciosos relámpagos del espino cinerario.

Final

Señales en la naturaleza

Si la naturaleza es silencio y sus señales manchas, si no somos la señal del silencio, si ella no mancha el somos de nuestra heredad... Si somos el signo natural del silencio, a qué la algarada del espíritu, lo no otro del somos, la mentira de la luz si ella es lo que hace que las cosas sean, en qué alud de la razón quebró la línea de la sangre, la sucesión asombrada de la desnudez... Entonces, prométeme todos los silencios, que los abismos no me miren a los ojos, planicies para las huellas y estaciones sucesivas, que moriré sereno en un día soleado, que no me dejarás pasar entre las manchas, que habré vivido sin respuestas; entonces, oiré los ancestrales peldaños crujir en quien trae la muerte al olor mojado de mi cuerpo, solo entonces la boca enferma de la caliza exhalará el espíritu del coraje, como un líquido imaginado por los baptisterios, donde cabellos de casiterita tañen ruidos propios de las noches de verano, pardas, brillante canela de los pétalos del agua que alcanzan la física de los escoplos. Entonces dame mi ser de veta, arranca mi vida al desprecio, hazme señal, ya abolida la herida del tiempo en el fiel de mi torso.

Señales

La luz es un animal asesino, duerme en los años de la indulgencia, no lo despertéis. Abrasa los ojos, incendia los horizontes a tu espalda, violentamente se venga de su naturaleza en las huellas de la felicidad, y ya nunca nadie volverá a hablar con la risa de las ranas y las serpientes, con los grillos del estío en los que se develaba la tierra de los laberintos y los pantalones cortos, de los nombres del amor donde vestidos breves sombreaban el deseo de las bocas y las trenzas, en el verde olor de las tormentas golpeando los límites de salitre y la proa de los pesqueros. La luz de sus rayos incendió la mar y los declives. No despertéis las cenizas del agua y la alta hierba, porque vuestra respiración cesará en los abrojos y penurias de la rabia, lejana al niño azul de las mareas y a las noches oceánicas y violetas. Noche, negra e invisible, de los litorales, pasa sin llegar, cuando brasa el viento me esparza; porque algo vendrá sin vínculos, como los que no existieron, a mí que busqué la oscuridad sin consuelo de las penínsulas. Es menos cierto el frío, fue ayer que desató el viento esta tierra, su biota, entera, tendrá la dureza de un día entero tras otro, hacia el grisáceo orificio de la madre.

Naturaleza

Detenerse, albergar el modo en que los enigmas templan los metales, lenta molicie de los sólidos veteranos; hospedar lo humanamente posible entre los estratos de almacenes oníricos, sótanos de sombras que esplenden sombras. Si no fuesen áulicas las cavidades soterradas de la materia quedaría incólume el cinc de los pomos, inaccesible el magenta de la majada, el óxido blanco de los establos del alma, no caería el centinela de las alacenas, y los anaqueles, como cofa de mar o almena de tierra sin vigías, no verían llegar el orbe sin puertas que lo íntimo cierra. Sería víctima de la luz la casa del lenguaje, el amor herido que contiene el sagrado tiempo de lo justo, el misterio de la gente que no habla en el purgatorio de la identidad desgraciada del mundo. Detenerse, hasta escribir y estar escrito el cambio de una esperanza en veredas. Valor a quienes vienen del dolor al cruce de los sueños, al vago recuerdo del resentimiento, mientras planean todas las hojas vegetales como limo aéreo de las utopías. Deteneos, como lo hace el vértigo de los amantes, quietos, antes de él y de ellos, del nombre que nunca supieron.

Detenido



Román Hernández, *Mori por la belleza y acababan de ajustar a la tumba*, 2013, construcción (madera), 20,5 x 63 x 35 cm. Fot. José Luis Camejo.

Gavia tan alta como el fuego y la locura, velas henchidas de llama y vales de bronce, obenques de hielo sin patria, solos en la madrugada sucia como pretil de derrota o la espina conmovida del escorbuto. Maderas de Elondo en la fronda de los navíos del sur, en las escuadras graníticas de los astrolabios todas las horas de la noche, grados silentes de sextantes en jornadas de un gris absoluto dañan las brújulas y las corrientes. Haces marinos que no saben su coraje de azules que zarpan, destinos luminosos que no saben qué hacer con la bruma de partida, que aman todavía los barcos lejanos, vientres de Nogal que transportan la brandada de los exiliados. Haces estatuas de basalto más allá de los gritos en la niebla, bocas de obsidiana para la cólera maldecida, pantalanes de desecho y pecio, de arañas del atardecer... ¡Ah del barco! ¡Oíd! El rumor de las islas que se alejan, la bastida de nuestras voces asaltando la borda, el mar que se aparta en la deriva. Efigies de sal marina y basalto y rumor y bocas de hilo y hambre de ausencia, en la bitácora de los vértigos, otean el lento viaje de los continentes y la muerte perdida de los alisios, lejos, disipada.

Isla

Un día todo deja de suceder, un día sucede que dejas de amar, ese día engendró el apocalipsis, o los únicos días de la libertad invertebrada de la inmanencia. Ya nada acontece en la impaciencia de los restos del ebanista, y los errores niegan hasta hundir la luz en los esqueletos recibidos. Queda en soledad la gubia entre los cinceles, imaginando vacíos blancos como raíles sin hembra futura, líneas de rencor que comenzaron en la ternura y ahora, siendo que nadie supo, será olvidando el miserere severo del buril, que hiende en el recuerdo como los seres del eco de lo inútil sabremos de la belleza que es cuando se ha ido, un aleluya en el jardín de los nombres olvidados, que entrega calveros de mármol al espacio. Sucede la raíz de la metamorfosis y desde entonces vemos pasar el mundo como los árboles, confiándonos al canto de las aves y al viento de las esporas solares. La gubia, paciente, quiere alcanzar la corteza devorando el corazón de la quietud, aliada al martillo de la vergüenza, golpe a golpe en las sombras del pasado hacia la claridad.

Gubia

El alma del ahora es un cúmulo elevado en los hielos estacionales, días cortos, invernales hatillos de gotas en la clepsidra, detenida ya para siempre. Él o yo, también tú, nunca ellos, helados, vemos como se licúa lo vivido para mitigar la sed, ahora. Todo vuelve a fluir y la vida se olvida, pero los conceptos se acumulan, túmulos en tálamos. Son las palabras, su territorio donde cazan hombres, las que modifican geografías biológicas. Esculturas del pasado. Porque solo en otro tiempo del que fue es posible seguir viviendo. Por eso, construimos largas calzadas ataviadas, y porque se nos abre el pecho de valor, con un relato de símbolos que nadie mañana sabrá. Ahí, ellos no, vosotros, los que seréis yo olvidado, hijos de la oclusión y los objetos, haréis de los otros que fuimos la fértil lujuria de los tratados, tan incomprensibles. No se puede legar la experiencia, no hay razón que soporte tanta materia, no hay sima para tanto dolor ni jazmín que trepe sus paredes. Estaréis solos y lo posible os acompañará. Nunca, jamás ya el padre respirará vuestra luz, tan angosta como para uno solo. Os acompañará una hilera de rostros venéreos, retratos de ignotos, por la vía Apia de una Roma de generales ciegos.

Ahora



Vanitas, 2013, fotografia digital (Etta Rizza), 100 x 116 cm.

Vanitas arqueológica, dignidad vetusta de la extinta primogenitura en Dmanisi, aún desposeída en la bastardía de los templos laicos y en las espadas rotas contra las cúpulas volátiles de lo sagrado, refugio de máscaras vanas, en ella entra todo encuentro posible, ocurrirá, con la esperanza cuyo tiempo pasó hasta alcanzar el instante pleno, previo a todo, posterior a todo, íntimo espacio de lo que es antes de ser la fútil lucha contra la decadencia exponencial de los fósiles vivos, o las etiópicas añoranzas de la fruta del Índico, o Madagascar protegiendo brezales canela para vestir sienes de piedra, cuando eso sean los héroes que prolongan el eco bípedo de las migraciones, guardas erigidos en el camino del Eclesiastés, *Vanitas vanitatum omnia vanitas*, la existencia no precede a nada en miles de años. Quizá, las islas oceánicas, hayan vencido la caducidad y la incertidumbre de los dioses, pero no lo sabrán en el silencio de noviembre, nunca, jamás sin otro sentido de lo que sientes en los lugares de la especie erecta, porque están solas y lo desconocen.

Vanitas



Román Hernández, *Más allá donde brota el alma se hace silencio*, 2014, técnica mixta (óleo/tabla, madera y cristal), 49 x 90 x 14 cm. Fot. José Luis Camejo.

Movimiento perpetuo del andar sobre los círculos volados en la linde de los cipreses, en los oratorios y las exégesis de los alfareros, donde los milagros del existir hacen querer vivir tan afuera, tan lejos que uno toca su espalda como un desconocido. No mirará atrás, es quien llega el que mira todo el atrás, hasta que reintegrado, el otro sienta algo así como el alma, no es ella, nunca, jamás lo fue, es uno, el mismo latir que cierra el extravío al límite de una inercia infinita, un movimiento perpetuo de la devastación, el impulso abrasador de la lija cuyo rumor trasluce las apariencias, en el suelo queda la viruta del cuerpo y del amor y del yo y el él y del nombre de la rosa, residuos de elegías y fragmentos de terracota en el alfar de arcilla pergeñado. Barro para la sed del ánfora, alfarería de agua para el caminante del ayer y los círculos de una turbia eternidad que alude, saciada de sí, a la metafísica del calambur de los cuencos, alimento o lividez, al incierto amanuense de la alegría, cálamo y frente oral de la grafía del semblante, al átono peristilo del éxodo electo que el corazón reserva y mece en la plegaria. Hay un aljibe del frescor, donde acuden orantes y alfareros del ánimo y nómadas desconocidos, e imprecaciones a la canícula, a calmar la boca de la vida en el motín del líquido.

Movimiento

Coincide, pero nunca la frontera, que no lo hará jamás, nunca, mas no sabremos qué animal unió la ferocidad de dos, ni si hubo un cuarto animal, un linaje de la coincidencia entre la llama y el agua, del amor de la concordia en la luna aislada de Agrigento. El más antiguo lugar de la luz es el mar nocturno, la espuma de su oleaje; esta luz de sal, llenó de blanco flores almizcladas de la Arenaria de mar y el Alhelí de distinto mar, y la sombra fue olvidada en el leviatán y su reino de oscuridad. Pero quién puede vivir en un relámpago incesante... La nieve ardía en la sal del sol, y no llegaba la noche ni su conjura contra las verdades de los necios, esos que no son poetas que no hablan de demonios, a quienes temen los fuertes. Ardía el rio hasta alcanzar la costa, llama y agua. Y del amor nace la sombra, sílabas de un silencio que no ahogó la salinidad del coraje, porque somos el leviatán sobre la tierra.

Coincidencia

Entre la miseria y la infancia, la violencia de los olores en los escaparates dan reflejos de lo injusto, y supiste que algo sucedía, que otros objetos sólitos, densos, eran piedras futuras que partirían los cristales llenos de realidad. El reflejo de entonces volverá, el niño cuya espalda tocas con el fervor del origen y la ternura que resta enemigos, los ojos que te vieron lanzando con la fuerza de otra edad la piedra, como un daguerrotipo alcalino en el vidrio de tus ojos, ojos de tus ojos, lugar donde el hombre llora todo lo que no será..., volverá, y lo hará con el mediodía de las letanías, a resucitar el caos que un día creíste haber hallado al irte de ti hacia los ordenes cristalinos de la semejanza.

Cristales



Román Hernández, *Medidor del tiempo*, 2014, técnica mixta (madera, alambre, resina y cristal), 40 x 48 x 8 cm. Fot. José Luis Camejo.

Extraña es la sombra de la pluralidad, don de los abandonados al capítulo de las cometas, cintilar de guaridas dulces de la juventud, fragua de los instrumentos del vándalo que hostigará los labios del hielo, extraña fécula de lo indistinto que alimenta la mezcla de lavanda en la sangre. No debemos pasear entre las tumbas ociosas: vacíos ululantes del atardecer, que los extraños licitan con besos hasta la vejez; donde la claridad caerá al hondo incesante de la representación alcanzada por el tiempo. Todas las lágrimas hacen un llanto, claror caudaloso de la longeva diversidad de las larvas de la osadía esta gana de llorar tan repentina por ti, que de ellas hiciste el borde de la fosa, donde nadie es pertenecido por nadie, y nadie arrojará tierra como lágrimas al cinéreo paso del desaliento.

Pluralidad

Días extraños de luciérnagas de mediodía y cigarras en tiniebla, de fuegos álgidos en los glaciares y una exuberancia ártica en las ciudades tropicales, de últimas casas antes de la desolación tártara... No quedan ruinas donde ruinas había. Ha pasado el sol desde hace tanto, miles de tormentas atravesando eras de un tiempo vertiginoso, que desató aguas erosivas en una sola noche de millones de años; sí, vivimos tanto como piedras bajo la lluvia, han pasado geológicas las emociones, y queda bajo el magma algo que nadie buscará, algo así como el secreto que un minoico lamenta, o del Vesubio la Villa de los Misterios y las huellas de Parrasio. El trágico resumen yace oculto para siempre, sin imágenes las palabras mueren, y el lirismo muere en la enfermedad pública de los efebos, si no alcanza el asombro, de nuevo, una Esqueria de esculturas inscritas como mástiles en el corazón, restos que a la ruina hicieron polvo del tiempo, si no o un tal vez sean algo que no se puede ver, ya jamás, ya nunca.

Extraños

He vivido toda una vida que no recuerdo, solo es un relato de antípodas en las que no estuve, una vida que no he vivido. Cómo hacerme parte de un mito junto a un puente que se pierde en el pasado, o sobrevivir a los rayos y haber leído a Shakespeare o navegado lejos del hogar, cómo ser otra vez un niño en el Bidasoa y alcanzar las tazas del desayuno como si fuesen la gloria de los hayedos de la tarde ya vivida ayer... Hay tantas vidas en esta sola, tanto desierto en cada símbolo, tanto imposible en la verdad que no exige ningún suceso ni la soledad de la vida pide en lienzo de llaga; duermen en los edictos de la ofensa: harapos ortigados por la deuda impagable del mañana. Dime, tú a quien escucho, los otros nombres de ti...

Vivido

Nunca la compasión llenará mi ser salvaje, antes dejará el cielo de acoger las aves y no crecerá un árbol más sobre la tierra. Fuera la razón de su simiente, o no, dolor de ti, haré piel de animal cazado en el frío de la piedad. Jamás sea sobre la letra itinerante el estambre de la renuncia en las alas, cautiva la flor del reconocimiento, cuando el desafío rompe alianzas que nacieron en sepulturas sin sumario de la gesta, de rendir haber nacido al trémulo llanto de la resignación, canto de estremecidos que iza peces a la asfixia de la altura mamífera. Hay un litigio desde la sangre del sílex y el bifaz que engendró la espada de Borges, última hoja cuyo filo hierde al dios del delirio de muerte. Ha abjurado el fiel de la liturgia de églogas del clamor, sigue las huellas de la tiniebla alejándose del claustro de las cosas, desvaneciéndose en la edad no escrita.

Salvaje



Román Hernández, *Cabeza y homúnculo (A Millares)*, 2007, técnica mixta (madera, arpillera y terracota policromada), 23 x 25 x 160 cm. Col. privada. Fot. Conzetta Rizza.

En la noche de San Juan la respiración es un ciclo absurdo, los ruidos propios de las noches de verano van disipándose, o se detienen en el vaho, hasta languidecer la vida en una tensa calma. No hay euforia, ni melancolía, solo una falta indecible que hace desierto los pasos de la misma noche. Mi equilibrio es un aliento de ti que no llega. Noche, misteriosa, profundidad presa del vértigo, así siento al ciervo que baja las laderas del brezo antes de la luz y la batalla. Esta noche de delirio amado, esta lumbre que no comenzó conmigo en las tinieblas, ya cierra las horas; rapaz de amor infortunada, sin alimento en la celda de la llama más pesada del mundo, sin vergüenza en la palabra que lancee los restos de la cordura, hace sorda la arpillera en la que velo los demonios nómadas de esta brutalidad en que me sumo. Existes, lo sé, oscuridad de la fractura, extinta sustancia de los rostros, fantasma de la estatua del sufrir, efigie de un aura que ilumina la noche almenada que no alcanza el día.

Oscura



Román Hernández, *Me sentí como Ezequiel en el valle de los huesos secos y oí el silencioso sonido de la muerte*, 2014, técnica mixta (óleo/tabla, madera, granito y cristal), 22 x 99,5 x 49 cm. Fot. José Luis Camejo.

Crecí de ti como la tierra de la raíz, subía hacia la superficie a través del orden de tu descenso, calmo, con el líquido de tu profundidad freática, era lo que la sed evoca. Nos encontramos en el tiempo lento de la juventud, tierra y raíz, deserción del aire donde la belleza vacía del mundo golpea, parcial, los brotes ecuánimes del azar. Pero tu luz anhelaba llegar al centro oscuro de la cura y la vida. Mi oscuridad ser la superficie leve de lo insano, y también la vida. Los nutrientes compartidos aún florecen en esporas ya lejanas, tú en mi raíz y yo en tu semilla; en medio, un mundo de seres sobreviviendo al ahogo y la erosión, nuestros hijos o fantasmas o íncubos del amor, tal vez niños de un tiempo sin azucenas, vidas ajenas y secretas, ignotas, tan otras en otros de nosotros, que nunca serán recordadas, un museo de huecos para los estandartes y los retratos, lugar de seres no vanos, idos... en ellos cavita, atrapada, la esperanza.

Raíz

Vi la tierra hacerse nómada, solo detenida por el caudal de los ríos, o la infame luz de los precipicios, por el negro de tu boca defendiendo la quietud del tabú del óleo sobre hierros fermentados en el pan. La vi en el humo sátiro, fumando bajo las higueras lo inconfesable de la llama, vi un mundo inexistente en el que recordamos la mortalidad. Vi el lípido canela de tu cuerpo limpio en la piedra de alumbre. Todo es anterior al amor, hasta los principios rinden su ser a la pura anterioridad. No es que no me alegre del viaje, sí de olvidar la especie, la carne de la carne, las ganas de llorar lo que duele en la arista de los instrumentos, no ser la turba indistinta de lo irreal, no saber si existe consuelo en la ética emboscada del nómada hedónico, de los síes inefables en los que tutela lo incandescente su alteridad. Por más que quiera vi... Acendiendo en lo oscuro una devoción lítica por las hogueras que fungieren la tierra que ayer dejamos. Si, vi, todas las mañanas del fuego extinto.

Vi



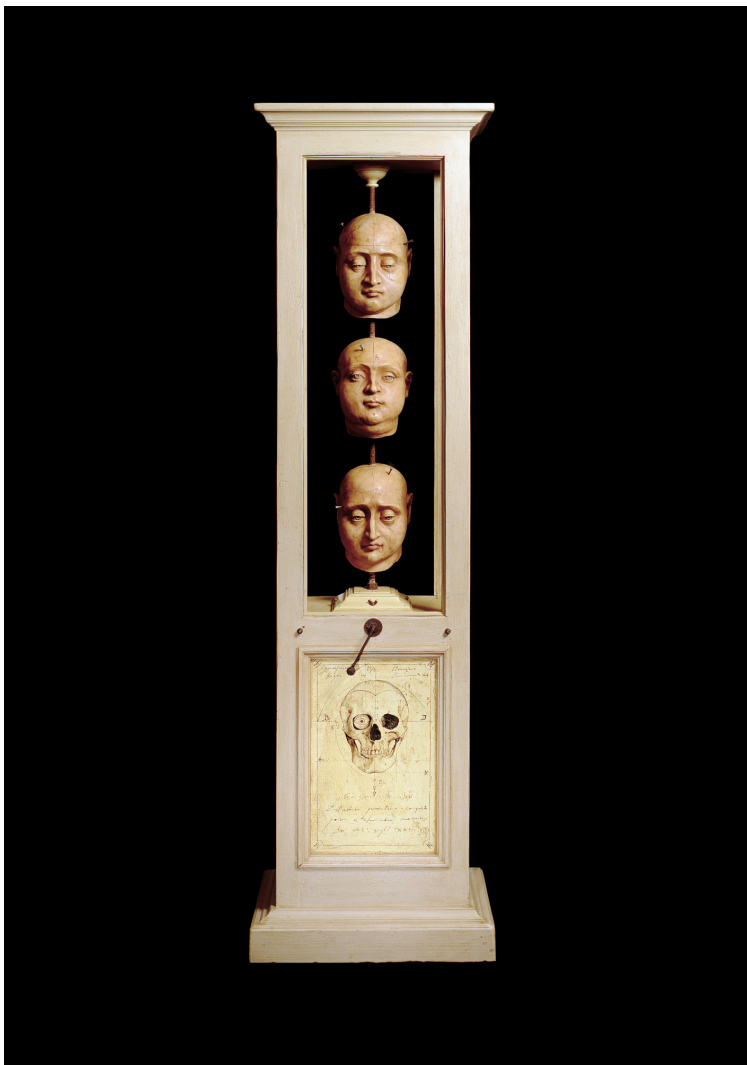
Román Hernández, *Lo que queda de ti, árbol (A José Luis Puerto)*, 2013-14, técnica mixta (óleo/tabla y madera), 59 x 76 x 13 cm. Fot. José Luis Camejo.

Somos el alimento de las palabras, memoria del hambre que fantasmas e ideas sienten bajo el cielo negro o caminando en el infierno, extremos de la vereda laureada que seguiré, impasible, después de nosotros, más allá de nuestros monumentos catedralicios en los que guardarán silencio ante el silencio las estatuas que lamentan su longevidad. Pero hay otras imágenes que no son aire y fuego, o tierra de dolor, sino la eufonía del agua indivisible, la búsqueda donde se sofoca el infierno. Aprehender quién es el espacio donde el océano quepa y la sal de los relojes nutra de algas la crepitación de los que van a morir, como islas endémicas, sin pasado, es decir, sin ruinas; lejos de los continentes que quieren reconstruir su infancia seca, herbaje de la recua del sentido migrando sin perros en las arenas; después las olas, a las que seguirán hombres mudos y ácidos como las uvas de la ira; después la ola, batiendo el denso vaho de los gritos.

Alimento

Tácito es el disenso en que ya nunca seré lo que anhelo y no quiero alcanzar, con lo que me alberga, con el pensar del querer omiso, en el error por el que existo: protegido e inconsolable desasosiego de lo que perdura, como si fuese otra cosa que tiempo, que lo es; tiempo guardado en el tiempo, en desorden que ocupa a la razón. Perduro, creo, más allá de la carne, sé del error, insisto en existir, hago perdurables las horas, mis horas, existo en el error. Poco importará cuando no esté, que me hablabas por todas las bocas eternas. Me dirijo a ti sucedido, a mí que se observa detenido en el ayer, remanso de locura híbrida, canto y cura, claroscuro de hornacinas donde la escultura de sí es una puerta a la noche barroca de dios, una lección de anatomía de la Arcadía, ornato de la luz real y sin origen, tiniebla.

Error



Román Hernández, *Estudio práctico-completo para el hombre mecanizado del siglo XXI*, 1996-97, técnica mixta, 220 x 60 x 42 cm. Col. Conca. Espacio de Arte Contemporáneo (La Laguna, Tenerife). Fot. Mauricio Pérez Jiménez.

Hay un umbral de picas y cráneos, de aisladas y brillantes cabezas que son estrellas de los abismos, o lascas candentes de una superficie oscura, hay acopio en él de armas rectas para lo oblicuo, férvido lagar de los que viven, imperativo querer, donde ningún tú debe los pasos ni las huellas a rasles evanescentes que ninguna máquina volverá a transitar, vieja, enferma de cobalto, humeante céfalo de hierro, que se aleja de los nacientes racimos de la oliva y la uva, agraces o no dentro de tu boca la sospecha de los sentimientos, la línea sin paralela grisura, cinérea, en la que temieron las ideas su propia necesidad; porque en él pensarás sentir las celosías del humo como cielos ciertos. Y no es así como aguarda el corazón que el suelo se hunda, no interpreta sus latidos como un halar del espíritu alciónico las galernas. Espera un génesis de la bruma, un valor sagaz cuando agonicen los peligros, el kairós del navegante, el devenir maldito para el arraigo, el riesgo del destino.

Umbral



Román Hernández, De Prospectiva pingendi (A Piero della Francesca), 2011, técnica mixta, 46 x 243 x 45 cm. Fot. Concetta Rizza, 2013.

Estás ahí. La simetría del sexo a la garganta, brazos devorados por el vientre del geómetra, compás metálico de calderero trazando la guía de códices arruinados, estás para una arquitectura de habitantes inocentes, tableros de ajedrez vacíos, suspendidas plumadas para imaginar horizontales virtudes del pensamiento, fábricas cúbicas elaborando troncos, como si raíces fueran, y altos lechos para los huesos de las ideas o mesas para el festín de la vida; las sobras serán tu calavera, la luz y el sentido, el peso vertical del equilibrio, el negro del espacio, y tu rostro ya perdido ayer entre relicarios y la derretida cera de los exvotos, vaciando la memoria, vaciado de una forma que no encontrará materia en el mundo, lo creado como algo innato, el existir como un museo de lo imaginario, un paseo asombrado ante la nada, memoria de bocetos jamás descritos. Estás ahí y no eres lamento, estás ahí como epifanía del instante, obrando la altura individual de la belleza.

Estás

Qué impune es que nada exista sin ti, mientras ríe la melancolía dentro del argumento del testarudo, ante la muerte hecha presencia de la vanidad, donde nada existe sin mí, ni alfabeto alguno danza sobre el camino interior, sobre el blanco inefable de lo poético, donde especular es la resta de dolor para ti y para mí. Invertiremos los fundamentos del estatismo y seremos malditos en lo que existe por otro, en el signo escondido del pecado; lo haremos como arqueros saeteando lo absoluto y eterno, hiriendo las alas del tercer hombre, matando el aspecto común de los ángeles. Impune es la finalidad de lo perfecto, la cerviz vertebrada del bien enunciado, azogue de émulos cioránicos sin porvenir, caídos en el presente, lejanos al ruido y la furia del bosque de Birnam. Impune el nombre de tu historia ante mi nombre ausente, camino de una desaparición milenaria.

Impune



Román Hernández, *Repisa de la memoria*, 2010, técnica mixta (madera, gres/resina acrílica), 76,5 x 73 x 17,5 cm. Original, pieza única, composición variable. Fot. Román Hernández.

Ha visto la inexistencia y aquí está, comienza a medir su tiempo de bovarismo hasta una vejez inexistente, llena del aroma de las piedras que el viento de lo no dicho hace oír. La materia no tiene recuerdos, ni el azar de su azar, nada en la derrota, en la palabra que se exilia de sí en sí, dejando al tiempo sin muerte, a la historia sin castigo severo en la sutil risa del ladrón de lugares, irónico ser del llanto en el desierto cántaro, buscando su sombra en la claridad que la muerte disipará con el estrépito del agua en los cielos. La vio, cínica y altiva, regresando a la casa de las lágrimas, a su topografía de llanuras inmensas como tumbas, marcadas con fechas que vendrán en las mañanas, cruzada la sombra de la voz a la materia, atravesado el rumor que le engendra. Yendo al sur donde no hay nadie que encime el lento quiebro del hombre que sabe de viajes sin miedo, de palabras que no pueden decirse.

Bovarismo



Román Hernández, *Repisa de la memoria*, 2010, técnica mixta (madera, gres/resina acrílica), 76,5 x 73 x 17,5 cm. Original, pieza única, composición variable. Fot. Román Hernández.

Hubo un erecto vidrio bajo la testuz de la biblioteca, urna de la gramática, panteón de lo dicho sobre los escudos abandonados en Farsalia. Hubo estípites carnales, esquivos, descendiendo a los libros senescentes para leerlos, antes de la hoguera y el comercio. Cerca, el quejigo esperaba ser en el tiempo el despertar de la memoria de los vivos, el hondo robledal de la fuerza que invadiría el atrio de Alejandría en nuestro anhelo, hasta alcanzar el mar, después, estelas y una quietud de albatros, y portulanos, tronco de leguas, para lo inalcanzable. Leer la memoria de los muertos, robusta calígine de las rutas en los pliegos frágiles del cristal, cuando la limpidez deshaga las riberas y antes de hundirse en rompientes. Ya no habrá cabotaje entre las escorias volátiles, la eléctrica humedad de la luz, sus haces de fibras materiales hendirán el agua que comenzó a olvidar los recipientes en el oleaje de las páginas, ahogados los mármoles, llevados los vacíos, leves, al fondo abisal de la historia humana, ya clara la oscuridad.

Memento mori



Calzada de piedra en la Atalaya
Laredo

© Silvana Tarantino, 2014

Asciende hasta el borde acantilado, unísonas nubes blancas y olas esmeralda sobre el gran azul del norte lo cubren y claman. Es la primera escultura sobre la tierra, el paisaje del asombro, generaciones fueron tuyas. El camino hasta el mar, después el vuelo y la tumba oceánica, simple, molecular...

Poemas

- 21 Contigo
- 22 Itinerario
- 23 Pensar
- 25 Teorema
- 27 Zaguán
- 28 Distancia
- 30 Roquedo
- 31 Saetas
- 32 Testigo
- 34 Ellos
- 35 Viernes
- 37 Líquido
- 38 Despojamiento
- 39 Saber
- 41 Puente
- 42 Nadie
- 43 Horas
- 45 Eadem mutata resurgo
- 46 Desierto
- 48 Material
- 49 Formal
- 50 Eficiente
- 51 Final
- 55 Señales
- 56 Naturaleza
- 57 Detenido
- 59 Isla
- 60 Gubia
- 61 Ahora
- 63 Vanitas
- 65 Movimiento
- 66 Coincidencia
- 67 Cristales
- 69 Pluralidad

70	Extraños
71	Vivido
72	Salvaje
74	Oscura
76	Raíz
77	Vi
79	Alimento
80	Error
82	Umbral
84	Están
85	Impune
87	Bovarismo
89	Memento mori

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra».

© Alejandro Tarantino Aréchega (del texto)
© Román Hernández (de las obras)
© Baile del Sol (para esta edición)

© Diseño de cubierta:

Impreso por Reprográficas MALPE S.A.

D.L.:
I.S.B.N: 978-84-16794-95-9

© Ediciones de Baile del Sol, 2017

